
LA OTRA CARA DE EVA: DIOSAS, SACERDOTISAS, SIBILAS, ORISHAS: LA MUJER Y LO SAGRADO

GUILLERMINA RAMOS CRUZ

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

gramoscruz@yahoo.com

Los fundamentos conceptuales de la ideología que define la presencia de la mujer como construcción social en la historia de la humanidad, vienen marcados por su función como fuente y germinación de la vida.

En la etapa prehistórica, durante la segunda fase del Neolítico, asistimos a la representación de la figura femenina como símbolo de la fecundidad. Pequeñas figuras femeninas talladas en la piedra, con los rasgos característicos de la gravidez acentuados, marcaron el inicio de la representación femenina como presencia que evocaba su capacidad para dar vida a un ser humano.

La imagen femenina se somete a la primera noción de representación, en la cual la función principal de la reproducción acentúa las características de sus atributos, situando en un primer plano su función primordial como gran laboratorio donde se gesta el ser humano.

Pequeñas figuras femeninas fueron concebidas como ofrendas votivas definidas por la rotunda volumetría de sus rasgos para proyectar visualmente la capacidad de reproducción de la mujer, soslayándose la posible individualización de la imagen, conferidas a estas figuras femeninas en las que dicha imagen sirvió como referencia para evocar e invocar la fecundidad en la naturaleza.

Con la transición de la comunidad primitiva a la vida sedentaria, se inicia una nueva fase en la cual la función de la mujer asume otros roles sociales, además de su capacidad para dar vida a un ser humano. La actividad de la mujer se ve incrementada en los albores de una agricultura incipiente, pues en estas labores de siembra y recolección, con la primacía de la caza y la pesca, se hizo indispensable la confección de enseres de barro, o la realización de objetos utilitarios realizados a partir de fibras naturales.

En las antiguas civilizaciones hidráulicas se definen con caracteres marcando la estratificación social y la jerarquía en cuanto a la posición en la sociedad, por lo cual se establecen nuevos roles sociales adjudicados a la mujer. Podemos observar que en algunas estructuras sociales la imagen de la mujer transita del Idolillo, símbolo de fecundidad, evoluciona y se hace Diosa o Sacerdotisa.

En algunas sociedades será mujer-madre, y asimismo, debido a las diferentes escalas sociales, habrá una mujer respetada y adorada por su jerarquía, por su ascendencia real, otras mantendrán su imagen solamente como mujer-madre.

En cada contexto geográfico, y en los diversos espacios culturales donde se ha desarrollado han existido los roles de la mujer - madre, mujer - diosa, mujer - faraona, mujer - profetisa, mujer – sacerdotisa, mujer - reina, mujer - emperatriz...

Con el transcurso del tiempo, en distintas religiones se ha ignorado y transformado radicalmente el rol y el poder de la mujer con el objetivo de subvertir su fuerza y capacidad, anulando una energía propia y natural, que se acrecienta por su capacidad regeneradora, y por su sentido común e inteligencia, proyectándose de forma válida en diversas esferas de la conciencia.

ANTIGÜEDAD

Siguiendo la evolución histórica en una relectura que ponga en primer plano la figura de la mujer, podemos afirmar que en la civilización egipcia existió un tratamiento que reveló la importancia de la figura femenina en el plano de las concepciones cosmogónicas y en el discurso derivado del poder, como madre y esposa.

Ya desde el Reino Antiguo la reina no se limitaba a secundar al faraón acompañándole durante la realización de las ceremonias del culto oficial. Durante los primeros reinados de la XVIII Dinastía la Gran Esposa del faraón a menudo es investida del título y la función de Hemet Netjer, es decir esposa de dios que corresponde a la participación activa por parte de las reinas y las princesas en el culto de Amón.”¹

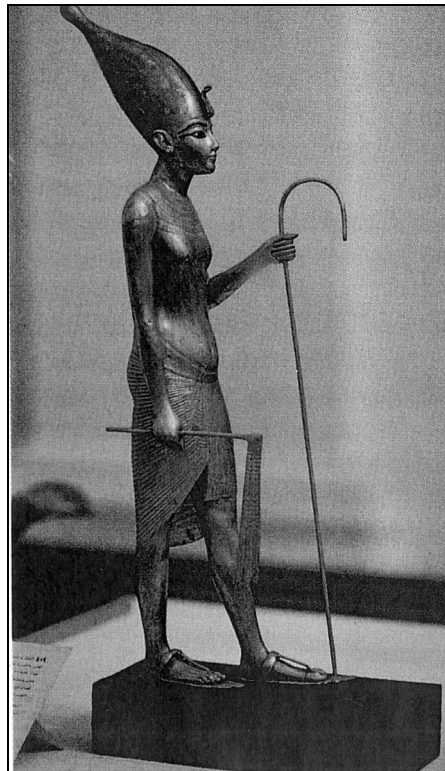
Estas representaciones pueden observarse en los relatos visuales que aparecen en las inscripciones jeroglíficas de algunos templos y asimismo

¹ Desroches-Noblecourt, Christiane, *La Mujer en los tiempos de los faraones*, Ed. Complutense, Madrid, 1999.

en la representación de relieves y formas escultóricas de las figuras que adquirieron el sentido de divinidades femeninas no sólo durante el apogeo de la cultura egipcia, sino que se expandieron más allá de su reinado, en otra fase de la historia.

De todos los aspectos femeninos de lo divino, Isis se manifiesta a los ojos de nuestros coetáneos como la diosa por excelencia, la más conocida, la imagen misma de Egipto, la admirable compañera de Osiris, que supo secundarle y posteriormente perpetuar el culto de su esposo, vencido por el mal, así como defender a su heredero hasta que se convirtió en adulto.

En la época romana su culto se expandió por todo el mediterráneo y se edificaron templos oficiales para su mayor gloria.²



En la civilización egipcia existió un tratamiento de la figura femenina que reveló su importancia en el plano de las concepciones cosmogónicas, en el culto a los muertos y en los aspectos reconocibles como atributos de poder.

² *Ibidem* .

Durante el auge de la cultura helénica y la posterior expansión del imperio romano de occidente, intentamos una aproximación a la cultura grecolatina, en la cual se percibe, primero en la cultura helénica, la historia del Panteón griego, con sus dioses, donde aparecen importantes deidades femeninas, algunas de las cuales formaron la genealogía de diosas que constituyeron el soporte conceptual de las manifestaciones artísticas y literarias. Asimismo aparecen idénticas deidades femeninas en la concepción latina.

Por ello se ha afirmado la extendida concepción fundacional acerca de la referencia a la cultura helénica y a la cultura romana como sustratos fundamentales de la civilización del viejo continente, aunque mucho asimilaron en su expansión territorial de los aportes de las culturas del Oriente.

La historia antigua aporta determinadas referencias acerca de algunas mujeres con facultades para auscultar el misterio de los sucesos y poder vaticinar el futuro, mujeres portadoras de una capacidad de anticipación para leer los mensajes velados de las divinidades, ocultos en la trama de la realidad.

Según historiadores de la antigüedad, Sibila fue hija de Dárdano, gobernante troyano y de Neso, su esposa. Sibila fue una mujer dotada del poder de la adivinación.

Podía comprender el significado de los sueños y describir profecías inspirada por el Dios Apolo. Tuvo gran reputación por la veracidad de sus profecías, y por extensión se dio ese nombre a otras mujeres que tuvieron ese don de profetizar el futuro.

En la antigüedad grecolatina se conocieron distintas sibilas. Se afirma que las sibilas vivían en formaciones rocosas, en grutas, y que las profecías se expresaban en estado de trance, dichas en verso, en hexámetros griegos. Surgidas en época de esplendor de la cultura helénica, se atribuye a la Sibila Herófila el hecho de haber profetizado la guerra de Troya.

En la tradición griega la sibila délfica oficiaba en el Oráculo de Delfos, así como en la tradición romana se menciona la sibila de Cumas.

Resulta válido replantearse la función de las sibilas o pitonisas en la historia de estos pueblos, en una aproximación en la cual se invoquen más allá de una concepción mítica. En otro enfoque de esta historia, propongo algunas ideas que ayudan a confirmar lo expresado anteriormente.

Mientras el Estado permanece aún en un período embrionario, prepondera la mujer como madre y determina el grado y la índole de la cultura, de igual manera que está destinada a completar el Estado destruido. (...).

En tales estados se siente más ahincadamente lo que se vuelve a sentir en todas la épocas: el instinto invencible de la mujer como protectora de las futuras generaciones porque en ellas la naturaleza nos habla de sus cuidados para la conservación de la especie. La intensidad de esta fuerza intuitiva estará determinada por la mayor o menor consolidación del Estado: en los momentos de desorganización y de arbitrariedad, en que el capricho o la pasión del hombre individual arrastra a tribus enteras, la mujer se levanta repentinamente como profetisa admonidora. (...)

En este caso lo voluntad helénica forjaba siempre nuevos instrumentos para predicar la llaneza, la cordura, la moderación; pero sobre todo la Pitia fue la que encarnó como ninguna aquel poder de la mujer para equilibrar el Estado.

Del hecho de que Grecia, a pesar de estar tan disgregada en pequeñas estirpes y comunidades estatales, era en el fondo una, y en su desdoblamiento no hacía sino resolver sus propios problemas, es la mejor prenda aquel maravilloso fenómeno de la Pitonisa y el oráculo de Delfos; pues siempre, mientras el genio griego elaboró sus obras de arte, habló por una boca y como una Pitonisa.³

A través de la progresión y asimilación de deidades al cristianismo, se identifican otras sibilas relacionadas con determinadas regiones del mundo antiguo, a quienes se atribuye que profetizaron el advenimiento de un Mesías. Profetas y Sibilas vaticinaron la presencia de un Redentor y ese mensaje se proyectaba desde el mundo pagano hasta la noción del cristianismo primitivo.

En la religión judaica también existen referencias en torno a algunas figuras femeninas vinculadas al éxodo, que aparecen en el Antiguo Testamento, consideradas como profetisas, quienes en diferentes momentos de la historia de su pueblo transmitieron mensajes y glorificaron el nombre de Dios, enalteciendo al pueblo de Israel.

Se reconoce la existencia de siete mujeres profetisas: Sarah, la esposa del profeta Abraham desarrolló el don de la profecía; Myriam la hermana de Moisés y de Aaron; Deborah quien profetizaba y componía cantos de alabanza; Hannah, la madre de Samuel; Abigail, quien fue una de las

³<http://www.xochicalco.edu.mx/bibliotecas/100libros/libros/word/Nietzsche%20F-%20mujer%20griega.doc>

esposas del rey David; Esther, Reina de Persia; y Hulda, relacionada con Jeremías, quien predijo que por la maldad del pueblo Palestina iba a ser derrotada.

Con los preceptos de la religión judeocristiana, en el catolicismo proclamado por la iglesia católica romana la posición de la mujer como vehículo de lo sagrado se desarticula de antiguos valores, se fragmenta.

En el Jardín del Edén, Eva es tentada por el mal y conmina a Adán a comer del fruto prohibido. La mujer es objeto de culpa y ambos son expulsados del Paraíso. Entonces la mujer reaparece inmaculada, como madre, la madre del Salvador y purificada por el dolor.

Acerca de María se integra la visión de la Madre del Niño Jesús, la cual ha generado la noción de advocación mariana a través de distintas denominaciones, apelativos que concurren para conjugar cualidades sagradas, así como nombres relacionados con espacios geográficos y toponímicos, como atributos de la Mujer, que asimismo recorren diversas etapas del cristianismo en las cuales se sumergió en cultos anteriores procedentes del Oriente. De este modo se articula a María, la Madre del Mesías, como Madre vinculada a la Tierra. Se van representando estas advocaciones marianas y se interrelacionan con el imaginario de otras culturas, la presencia de la Madre-Tierra y de otras diosas antiguas se une a las “apariciones” de la Virgen María en distintas regiones de diferentes contextos geográficos donde fue expandiéndose el Cristianismo, así como se genera y desarrolla el culto mariano.

Resulta válido considerar algunas ideas fundamentales, las cuales afirman que desde el siglo XII en territorios de la península ibérica la imagen de la Virgen María asume connotaciones especiales, pues aparecen representaciones de la Virgen Negra por el sentido que le otorgó la Orden de los Caballeros Templarios, que desarrollaron una visión particular de María, la madre de Jesús, y la identifican como Nuestra Señora.

Nuestra Señora fue, pues, una especial devoción templaria, pero no como sujeto divino y objeto piadoso, sino como un gran símbolo sincrético del conocimiento universal, de la Gnosis o Sophia, al modo como lo fuera para las heterodoxias cristianas de Oriente.

Entre todos los cultos orientales, presentes en la Tierra Santa medieval, sobresale uno, tanto por su vitalidad como por su multiplicidad (...); nos referimos al de la Diosa-Madre. Bajo diversas formas, en estas imágenes se adoraba a una “divinidad” femenina, una especie de diosa-madre, de tierra-madre, o más concretamente: una Diosa-Tierra, que en el área

mediterránea se manifestará bajo los nombres de Isis, Cibeles, Astarté, Demeter, Artemisa, Ceres, Isthara, etc.

Diosas madres que, prácticamente todas, fueron alguna vez representadas de negro, porque dicho color es el que se utiliza simbólicamente para señalar a esa tierra primigenia que, una vez fecundada por la potencia celeste, será la fuente de toda vida: física, espiritual e intelectual. Diosa-Madre-Tierra implica indefectiblemente color negro. Porque, además, muchas de las imágenes de la Diosa antes citada habían sustituido en su lugar de culto a una “Piedra Negra”, meteórica, que era venerada en esos santuarios desde tiempo inmemorial(...) Pues, al emplear a propósito el color negro en ciertas imágenes marianas, subrayaban de la manera más clara que para ellos la Virgen Negra era, al mismo tiempo, la María cristiana, la Diosa Tierra céltica, la Isis egipcia, la Piedra Negra cósmica y, en fin, la Gran Madre de todas las religiones, situándola dentro de una concepción iniciática religiosa, universal y sincrética del gran principio femenino del Universo.⁴

Si esta referencia al origen de la representación de Nuestra Señora con una imagen negra data de los siglos XI y XII, es de suponer que a partir del siglo XV, cuando España extiende su poderío a las tierras del Nuevo Mundo, ya estas imágenes negras se han expandido en gran parte del territorio español, pese a la persecución de la orden templaria y al fin de su poder religioso.

DIOSAS NEGRAS Y SINCRETISMO RELIGIOSO EN EL NUEVO MUNDO

Desde los albores del siglo XV, algunos reinos europeos organizaron exploraciones allende los mares en busca de nuevos espacios geográficos, configuración de la búsqueda de una Tierra prometida, un espacio de renovación espiritual y asimismo de un orden económico cuyas motivaciones se fundamentaban en las exploraciones de navegantes portugueses, genoveses y mallorquines, apoyados en el conocimiento de ciertos instrumentos de navegación, de las cartas de navegar, en los estudios de astronomía y por la renovada tradición que, desde los relatos descritos en los *Viajes de Marco Polo*, narraban la existencia de remotas tierras.

⁴ Alarcón, Herrera Rafael, *La última Virgen Negra del Temple*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1991.

Desde antes de 1492, en el archipiélago que rodea la Isla Juana –actual isla de Cuba- ese collar de islas asidas por el mar, existió un movimiento, un tránsito de seres que llegaron surcando las aguas del mar. Llegaron los arauacos por el actual Mar Caribe, llegaron los españoles inaugurando el encuentro de dos mundos. Los africanos fueron traídos encadenados y adoloridos; asimismo llegaron chinos culíes desde su lejana tierra, e indios yucatecos estuvieron incorporados a la población para reforzar la mano de obra en las labores agrícolas. En la Isla de Cuba convergieron diferentes grupos humanos con su lengua, su cultura y sus creencias religiosas.

Con el descubrimiento de América, el occidente cristiano irrumpe en el llamado Nuevo Mundo. El reino español se constituyó como primera metrópoli de los territorios descubiertos, y asimismo fue imponiendo sus instituciones, con la religión católica como soporte ideológico para la catequización y la asimilación de esos pueblos. Con la espada y la cruz, fueron dominando a los primeros pobladores de las islas de las Antillas, a los pueblos de Mesoamérica y del área andina de antiguas culturas, hasta dominar una gran extensión geográfica, dirigida desde la metrópoli española, conformando “el imperio donde nunca se ponía el sol...”

La presencia de las primeras órdenes religiosas -franciscanos, dominicos, mercedarios, entre otras- y de sacerdotes, marca el ritmo de los primeros siglos de la fe cristiana en las tierras nuevas. Con el sistema de encomiendas, los encomenderos obtendrían riquezas para la corona y para sí mismos, primero mediante la mano de obra de la población autóctona; después en las Antillas estos pueblos fueron aniquilados por el exceso de trabajo y por las crueles condiciones a que eran sometidos. La población aborígen fue sustituida por los africanos esclavizados, llevados en la travesía forzada en los barcos negreros, como mano de obra proveniente de la Costa del Oro del África occidental.

Cada pueblo fundado se creó bajo los parámetros de las primeras villas, con la estructura imprescindible: la iglesia, la casa de gobierno o de los capitanes generales, la plaza militar y la casa del cabildo.

En esta época fundacional la presencia de la Iglesia católica cumplió una función esencial: de dominio mediante la catequización expandiendo el posible consuelo entre los seres oprimidos y sojuzgados, la visión del Cristo Crucificado junto a María, su Madre que aportó una mirada de reconciliación y de consuelo, primero para los aborígenes que trabajaron en la búsqueda del oro, y posteriormente para los africanos, quienes fueron transportados a la fuerza, bajo el yugo y el dolor de la esclavitud.

PRIMERAS ADVOCACIONES MARIANAS CONOCIDAS EN CUBA

En la región oriental de la Isla se recoge el testimonio del primer relato en el cual se narra la aparición de una imagen descrita como una mujer con un niño en brazos, la cual se considera la primera imagen mariana aparecida en Cuba.

Según la tradición fue encontrada en el mar, en el año 1608, cuando el mestizo Juan Moreno y dos aborígenes, los hermanos Juan y Rodrigo Joyos, fueron a buscar sal en su embarcación, y al hacerse a la mar percibieron una figura que parecía como de espuma. Al acercarse la recogieron y vieron sobre una tabla la imagen de una mujer que sostenía un niño en sus brazos, y tenía una inscripción en la cual decía “Yo soy la Virgen de la Caridad”.

El relato sirve de eje para establecer el inicio del momento fundacional mediante el cual se estableció el vínculo de una imagen de la Virgen María con el naciente poblado del Cobre, en la zona oriental de la isla de Cuba.

Según la tradición la imagen encontrada se trasladó al Hato de Barajauá, donde comienza el culto y la población de los alrededores de este asentamiento aborígen, que contaba ya con parte de una comunidad negra y mestiza. En este poblado se dio a conocer la existencia de esta advocación mariana, que contó con un oratorio en 1687, afincado en las proximidades de las minas de cobre.

Con el inicio de la guerra de independencia de Cuba contra la metrópoli española en el año 1868, la Virgen de la Caridad del Cobre fue la imagen que acompañó a los mambises en las primeras cargas al machete en la campaña cubana, la cual conformó la creencia popular como Virgen Mambisa.

En el año 1898 la situación de la guerra llegó al clímax y se produjo el conflicto entre la metrópoli española, las fuerzas mambisas y el ejército norteamericano.

En el año 1915, los mambises veteranos de la guerra de independencia envían una carta al Papa Benedicto XV, pidiendo que la Virgen de la Caridad del Cobre sea proclamada Patrona de Cuba.

Con la imagen de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, los africanos esclavizados crearon uno de los nexos poderosos de la religiosidad popular de Cuba y fue la identificación con la divinidad femenina Oshún, orisha dueña de las aguas dulces, vinculada en la concepción yoruba con

el metal amarillo como el cobre. Oshún posee diferentes caminos, como avatares que la relacionan en determinadas fases inmersa en la naturaleza. Algunos de sus caminos son:

-Ochún Yeyé Moro, en este camino es la visión de una mujer alegre, divertida.

-Ochún Añá, es la está en los tambores, en Añá.

-Ochún Gumú, se encuentra en lo profundo del río, componiendo redes para los pescadores.

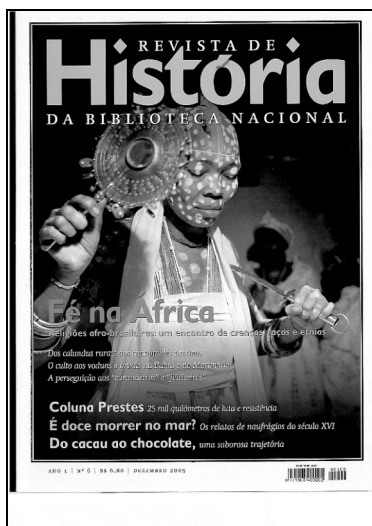
-Ochún Fumiké relacionada con Obatalá, le concede hijos a las mujeres estériles.

-Ochún Funké es la sabia, posee conocimientos, instruye a sus hijos.

-Ochún Miwé, es la que vive en la manigua.

-Ochún Edé, es el camino de la mujer elegante, la gran señora.

-Ochún Ololodí, deidad que trabaja en lo profundo del río, se ocupa de asuntos serios, no baila.



Salida de una iyawó iniciada para Ochún en el culto afrobrasileño del Candomblé, en San Salvador de Bahía, Brasil. La iyawó, en su primera salida después de la iniciación, viste de blanco y aparece con el rostro pintado de blanco, como acción de respeto a Obatalá, oricha de la creación y padre de la sabiduría, cuyo color es el blanco. Foto: Pierre Verger (1902-1996). Tomada en San Salvador de Bahía, Brasil, 1950. Apareció en: Revista de História da Biblioteca Nacional, Brasil, Año 1, No.6, Diciembre de 2005.

La tipología de las imágenes marianas negras y mestizas creó en la población africana la necesidad de establecer la identificación entre las advocaciones marianas y las deidades femeninas, elemento que propició el sincretismo religioso con las orishas del panteón yoruba. Puede afirmarse que este proceso se produjo en la medida en que la antigua población africana estableció nexos simbólicos mediante la adoración de la imagen mariana para perpetuar y mantener sus divinidades africanas.

La población africana fue portadora de sus creencias, de sus dioses, como parte de un imaginario que sirvió de sostén espiritual a aquella población arrancada cruelmente de su tierra, lejos de su naturaleza, privados de su lengua y de su cultura.

La imagen de la Virgen María, bajo diversas advocaciones, se manifestó en las villas fundadas en los territorios conquistados y colonizados de la metrópoli española en sus posesiones del Caribe.

La historia confirma que en la isla de Cuba:

Por las facultades de que estaban investidos y los medios y arbitrios de que disponían, los gobernadores y los obispos eran en el siglo XVIII las dos potencias que mejor podían contribuir al progreso y al bienestar del país. Sus esferas de acción eran recíprocamente complementarias: si a los primeros concernían la administración pública, las obras civiles y militares, y el orden público, los segundos regían la Iglesia, promovían sus construcciones y atendían a la beneficencia.

El Gobernador y Capitán General, como agente de la Corona, ejercía tanto el mando político como el militar. Hasta 1607 hubo un solo gobernador, que desde 1553 residía en La Habana, a pesar de que Santiago era la capital de la Isla. En dicha fecha ésta fue dividida en dos provincias, una occidental y otra oriental con cabeceras en La Habana y Santiago respectivamente, pero estipulándose que el Capitán General de La Habana lo sería de toda la Isla, con lo cual quedó definitivamente establecida la capitalidad de La Habana.”

También durante algún tiempo hubo un solo obispo, cuya sede oficial era Santiago de Cuba; sin embargo, creyendo seguramente que era más provechoso para el desempeño de sus funciones, los obispos optaron pronto por residir en La Habana. En 1788 la Isla fue dividida en dos diócesis, creándose el obispado de La Habana y erigiéndose en Catedral la iglesia del antiguo colegio de Jesuitas, a la sazón Parroquial Mayor.⁵

⁵ Weiss, Joaquín, *La Arquitectura Colonial Cubana*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1979.

El auge de Cuba dependía del comercio y de la actividad del puerto de La Habana, donde transitaba las flotas que se dirigían al territorio del Virreinato de la Nueva España así como a otras posesiones de la metrópoli española.

La trata y el comercio de esclavos se incrementó en Cuba desde finales del siglo XVIII, y la mayor concentración de la población esclavizada se encontraba en los ingenios de La Habana, Matanzas y en Trinidad.

Una de las etnias de los africanos ubicados en la región occidental de la isla fue la de los lucumís, denominación que se generalizó para identificar a los yorubas. A través de los cabildos de negros de nación se originó y se expandió la práctica de la religión yoruba conocida como Regla de Osha, sobre todo en Guanabacoa y en Regla, situadas en La Habana y en múltiples asentamientos de Matanzas y en Trinidad.



Nieves Fresneda, iyalocha iniciada como Hija de Yemayá en el culto afrocubano de la Regla de Osha, conocido como Santería. Aparece con la cara de pintada de azul y de blanco, y su vestido es de color azul ornamentado con cauris y cuentas, debido a que es el color atributivo de laorisha Yemayá, la deidad yoruba identificada como dueña de los mares.

Nieves Fresneda fue una de las fundadoras del Conjunto Folklórico Nacional de Cuba creado en el año 1962.

Foto: Ramón Martínez Grandal (Cuba).

NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE REGLA, PATRONA DEL PUERTO DE LA HABANA

La edificación de capillas, iglesias y conventos caracterizó el desarrollo de la arquitectura religiosa desde el siglo XVII, no sólo en Santiago de Cuba y en La Habana, sino también en los pueblos fundados en todas las regiones de la isla.

Por ello hay que referirse a determinadas iglesias edificadas en La Habana y consagradas a advocaciones marianas desde la época colonial, para comprender cómo se enlaza el culto mariano con los practicantes y devotos de las tradiciones religiosas afrocubanas.

El día 8 de septiembre es una fecha importante en la devoción popular por ser la celebración de la festividad de Nuestra Señora la Virgen de Regla, cuyo santuario se levanta en la entrada del pueblo marino, poblado identificado por el nombre de la virgen.

El santuario, nos dice nuestro primer historiador, Arrate, se erigió en 1690 en un terreno perteneciente al ingenio Guaicamar, donado por su dueño al Alguacil Mayor Don Pedro Recio de Oquendo a un tal Hermano Antonio, llamado el “Peregrino”, que construyó en él un humildísimo oratorio.⁶

La autora relata que diversos ciclones destruyeron los oratorios, espacio de incipiente adoración a la Virgen de Regla, edificados con materiales precarios, dadas las condiciones climáticas y la cercanía del oratorio con el mar.

Ya en 1706 se ha edificado una ermita en la cual fue colocada una imagen de bulto de la Virgen de Regla que fue traída de España por el Sargento Mayor Don Pedro de Aranda. El 23 de diciembre de 1714 se proclamó a la Virgen de Regla Patrona de la Bahía.

Desde entonces, y con mayor esplendor y asistencia a fines del siglo XVIII, cuando Regla era apenas un caserío y no existían los importantes almacenes de azúcar de mediados del XIX (...) se celebraba en él la festividad de la Patrona del Puerto de San Cristóbal de La Habana. Nuestra Señora, que guardaba su simbólica llave (...).

Sí, a la Patrona debía halagarle la belleza y actividad de su bahía que daba una gran impresión de riqueza, especialmente en los años 1850-60,

⁶ Cabrera, Lydia, *Yemayá y Ochún*, Ed. Universal, Miami, 1996.

y que el Barón de Humboldt consideraba el puerto más importante de América.⁷

Desde finales del siglo XVIII se celebraba el día 8 de septiembre la festividad de Nuestra Señora la Virgen de Regla, patrona del Puerto de San Cristóbal de La Habana; pero en verdad, ¿por qué la celebración de la festividad de Nuestra Señora la Virgen de Regla reviste tal importancia en la vida de este pueblo marino?

En realidad, la hermosa imagen negra de la Virgen de Regla como advocación mariana, fue identificada por los africanos lucumís con la orisha yoruba Yemayá diosa de los mares. Mediante esta identificación se estableció el sincretismo religioso de la imagen mariana con una deidad del panteón yoruba, que se venera por los iniciados en la Regla de Osha y por todo el pueblo conocedor de estos cultos representativos de la religiosidad popular en Cuba.

La Virgen de Regla es una imagen cuyo hermoso rostro negro destaca por la toquilla de color blanco que rodea su cara, sosteniendo entre sus manos a un niño de tez blanca.

Mediante la representación de Nuestra Señora la Virgen de Regla, los africanos y los negros criollos veneraban a Yemayá, orisha de la religión yoruba, presente en el Nuevo Mundo. Esta devoción, articulada por el sincretismo religioso a la Virgen de Regla, en el aspecto de la vertiente espiritual se denomina “Francisca Siete Sayas” simiente de la religiosidad popular dentro del “espiritismo cruzao”. Estos cultos se han desarrollado y se ha extendido a través de los practicantes de la Regla de Osha y de la Regla Palo Monte en Cuba.

Yemayá es una deidad conocida en Brasil, así como en otras regiones de Latinoamérica y en el Caribe, es la orisha considerada como Reina Madre Universal, ella está presente en sus dominios, las aguas del mar, es una de las principales divinidades femeninas del panteón yoruba, genera todas las aguas.

Se hace referencia a Yemayá en determinados patakis, considerada como procreadora del mundo, y desde el reino de Yemayá se reconoce la presencia de Olokum, como principio masculino que domina en las profundidades del mar, invocado como figura principal en la que participa de la dualidad fundamental donde radica su carácter femenino y

⁷ *Ibidem.*

masculino, como un misterio propio del fundamento de las aguas y del mundo abisal.

Existen distintos caminos de Yemayá, como avatares, cuyo significado se relaciona con las diferentes expresiones del mar y con el símbolo derivado de su poder, así como por su origen y ubicación en el medio natural:

- 1- Yemayá Awoyó, es la mayor de todas, la más vieja, quien se corona con Ochumaré, el arco iris.
- 2- Yemayá Akuaro, vive en la desembocadura de los ríos, donde confluye el río con el mar.
- 3- Yemayá Okuti, transita tanto en las aguas dentro de los arrecifes de la costa, como en el río, la laguna o en el monte, por estar relacionada con Ogún.
- 4- Yemayá Achabá está vinculada a Orunmila, por su conocimiento del sistema de adivinación de Ifá.
- 5- Yemayá Konlá, se mueve en medio de la espuma del mar, viene con la resaca, se sumerge cerca de la hélice de los barcos.
- 6- Yemayá Asesú, habita en las aguas turbias, cerca de las aguas residuales, por ello recibe las ofrendas junto a los muertos.
- 7- Yemayá Mayalewo habita en las aguas que fluyen de los manantiales, o en una poceta en las zonas boscosas, donde se relaciona con Ogún.

En diversos patakis se identifica a Yemayá como madre amorosa, que cuida a todos sus hijos y a los hijos de otras orishas que ella adopta como suyos.

La música de los tres tambores batá es el vehículo, el medio sonoro mediante el cual los seres humanos se comunican con sus dioses y de este modo pueden “hablar”: mientras vibra la música, las orishas transmiten sus mensajes.

Con los cantos -subyeres- dedicados a cada orisha y las “parlas” de los tambores batá se realizan las festividades dedicadas a cada una de estas divinidades. En esas festividades existen fases de introducción musical solamente con la intervención de los tres tambores batá -el oro- y posteriormente la fase donde un cantante - el apkwuon- acompañado por la música de los tambores, y seguido por el canto de los participantes,

tiene lugar la interpretación de los sudyeres, con la estructura antifonal, que entona el solista seguido por el coro.

En la parte donde la música percusiva y los cantos alcanzan mayor relieve se produce la llamada o la “Meta” de Yemayá, aspecto que constituye el clímax en estas festividades sagradas. La danza interpretada por una iniciada o un iniciado “hijo” de Yemayá, marca el despliegue del ritmo danzario delineando giros en indescriptibles movimientos circulares -destacados por la amplia falda azul y blanca o por pañuelos sujetos a la cintura-, en círculos que semejan el movimiento de las aguas del mar.

Para enfatizar la importancia del tambor, de la música y del objeto sonoro en general, con respecto a los rituales de la Regla de Osha, permítasenos citar nuevamente a Lydia Cabrera cuando afirmó:

Así nos decía una (iyalocha) que había conocido a Ña Mecé Azuquita Efuché y a muchas grandes, como las Alfonso, Ma Petrona Ogún y Ma Claudia Ochosi y a aquella Feliciano Mariátegui Oní Changó, que cuando tenía tambor no le avisaba a sus ahijados. Empuñaba el acheré, saludaba a Changó, y éstos la oían en donde quiera que estuviesen y acudían a la llamada de la Iyá.

La facultad de atraer a sus ahijados a los tambores le ha sido atribuida a otras Santeras de nombradía que actuaban “montadas” por sus Orishas. Se cuenta que muchas veces aquellos Omó suyos que dormían tranquilamente en sus casas, sacudidos de pronto por una fuerza irresistible, abandonaban la cama y se presentaban sonámbulos en el ilé Oricha sin más ropa que la que tenían puesta. Así le ocurría a la madre de Odedei, caballo de Yemayá: cuando a una distancia considerable, su Madrina agitaba la campanilla invocando a la diosa.⁸

El culto dedicado a Nuestra Señora la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba y a Nuestra Señora la Virgen de Regla, Patrona del puerto de La Habana, está estrechamente vinculado en la historia de la religiosidad popular en Cuba.

La referencia a Yemayá y a Oshún como divinidades acuáticas de la Regla de Osha practicada en Cuba, entraña asimismo una relación tipológica de las iniciadas de estas deidades que asumen y responden a un arquetipo establecido en los patakis, a veces resaltando los aspectos profanos derivados de cada historia.

⁸ *Ibidem.*



Imagen de una Espiritista que aparece sentada delante de su Bóveda Espiritual, la cual es iniciada en la Regla de Osha y practicante de la Regla Palo Monte en su casa-templo. En la religiosidad popular, en Cuba coexisten los cultos a los santos católicos con la práctica del Espiritismo, la Regla de Osha y la Regla Palo Monte.

Foto: Joaquín Dulón (Cuba).

Por lo general, las iyalochas incorporan una caracterización que rige a nivel social, sobre todo en determinados contextos socio-culturales en los que el ilé-osha, como casa-templo, se constituye, aún hoy, como una célula vital que aporta determinada jerarquía y autonomía tanto a la iyalocha que preside la casa-templo como al resto de sus integrantes, formulación que prevalece a nivel urbano y se mantiene con sus características específicas en el entorno más cercano al contexto rural, tanto desde el punto de vista social, como en lo económico y asimismo en el ámbito de la cultura popular tradicional.

Una de las proyecciones contemporáneas de estas orishas femeninas provenientes del panteón yoruba, es la visión de estas mujeres iyaloshas,

que en el presente crean sus propias casas-templo, como una aproximación de un espacio fundacional basado en el vínculo religioso, creando una determinada autonomía sin desvincularse de los principios que rigen la sociedad.

Podemos afirmar que en la evolución social, específicamente dentro del occidente europeo y en su expansión en las tierras de América Latina, la mujer ha sido sostén en la comunidad, transitando diferentes roles sociales, como espacio donde germina el ser humano, divinidad, diosa y la vertiente de las iniciadas en la Regla de Osha, que asumen una relación con la divinidad tan profunda, en la cual participan de una personalidad que pretende representar las características de dicha deidad mediante su personalidad, sus gestos, su manera de ornamentarse y asimismo al asumir su vida como un relato regido por las fuerzas de lo sagrado, a través de los mensajes expresados por las orishas que rigen la vida de cada una de estas iyalochas en función de su deidad.